



## ISIDRO FABELA, HOMBRE DE LETRAS

POR MARIO MONTEFORTE TOLEDO,  
*(novelista y escritor guatemalteco)*

El encuentro entre escritores de distintas generaciones es una de las experiencias literarias más apasionantes cuando les ha tocado vivir en la misma época. Testigo, intérprete o actor de los cambios, el hombre de ayer que a cabalidad y a tiempo madura —es decir, da, fecunda y revive en las cosechas nuevas—, es pieza insustituible de esa trama colectiva, de ese cuento de cinco mil años que constituye la literatura universal. El conocimiento de la realidad y la penetración del misterio se complementan, se enriquecen, al producirse la concurrencia de las visiones de hombres separados por la edad, la formación literaria y el tipo de compromiso que los vincula a su mundo.

Encuentro en estas páginas a Isidro Fabela con reverencia y alegría. Con reverencia porque ya no se estila fidelidad a uno mismo, lealtad a las grandes cosas; ética, en fin, como tejido de fondo de la obra de arte. Con alegría, porque descubrir un valor joven pertenece a la lógica cotidiana; pero reconocer un valor ya maduro es recuperar la fe en el pasado, zona donde se enmarañan muchas de las causas del cinismo y de la amargura contemporáneos.

Me ocupo de Fabela como cuentista, como periodista, como escritor de ficción. El lleva en sí eso que Alfonso Reyes llama “la fuerza amorosa y el anhelo de creación en el bien”, normas que presiden a la vez su vida de muros compactos, sin la menor hendidura y al servicio de todo lo bello. No es fácil, pues, atenerse a límites cuando se examina parte —y no la más rica— de una obra homogénea y múltiple, con expresión en tantas disciplinas intelectuales como la historia, la política, la economía, la oratoria, el

derecho internacional o la crítica de arte; en todas ellas, durante medio siglo, Fabela ha aportado cuños nuevos y ha dicho su verdad —aunque no sea la verdad, como lo aclara con genuina modestia más de una vez en sus escritos.

Gratifica la tarea, en cambio, la reafirmación de que Isidro Fabela es un viejo conocido, de la estirpe rectora, idealista y eficiente —en el sentido noble de la palabra— a que pertenecen los mejores americanos del siglo XIX: Hidalgo y Morelos, Sarmiento y Alberdi, Bello y Montalvo, Espejo y José Cecilio del Valle, Hostos y González Prada, Martí y Rodó. Sin este deslinde no podría abarcarse el espíritu de sus letras, aún de las más remotas de su ejercicio público, que son las que voy a comentar.

### *Su formación*

Todo escritor es una compleja arquitectura donde las sumas cuentan lo mismo que las restas. Funciona como algo que está, pero que se sustrae de la atmósfera, así como Valery concibe la casa o la catedral. De su materia procede su estilo, y entre ambos componentes se perpetúa el diálogo.

“El público que no sea técnico no sabe, no puede saber, cómo son las batallas del escritor con las palabras para dominarlas y manejarlas a su antojo; no entiende que su secreto consiste en encontrar las voces, asirlas, para después emplearlas con tino y gusto”, dice Fabela.<sup>1</sup> Esta meticulosidad, este respeto por el oficio literario y por el lenguaje, se advierte en la totalidad de su obra, aún en sus páginas bisoñas recogidas a principios del siglo actual, y otorgan dignidad a las distintas “maneras” por las que ha pasado.

Como tantos otros escritores de su generación y anteriores a él, Fabela se ha esforzado en expresarse con purismo, poniendo en el castellano el cuidado que se pone en el manejo de una lengua extranjera. Los modelos perceptibles en la primera década de sus escritos fueron Valera y la Pardo Bazán, Galdós y Jacinto Octavio Picón; pero sobre todo José María de Pereda, que con su mezcla de dureza y de sentimentalismo, de tono provinciano y de univer-

---

<sup>1</sup> Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, sobre Don Quijote de la Mancha. México, 1953.

salidad, influyó tanto en los primeros pasos de la literatura iberoamericana contemporánea, inclusive en novelistas que como Rómulo Gallegos, encontraron pronto una manera torrencial y segura de expresar al nuevo mundo.

La herencia de los regionalistas y el estudio pertinaz de los clásicos españoles del Siglo de Oro, dejaron en la prosa de Fabela cierto regusto antañón, aún después de sus lecturas de maestros más recientes como Azorín, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset o Navarro Ledezma. Su casticismo carga de cierta pesantez a sus primeras obras de ficción y se acomoda dificultosamente con su vena lírica —en él predominante—; en cambio da a sus discursos sabrosura eurítmica y esa economía de que suele carecer la oratoria iberoamericana por falta de fe en las palabras. El mejor ejemplo de ese casticismo deliberado y amoroso es el discurso que pronunció al investírsele como académico de la lengua (op cit.). “Leer el Quijote”, dijo al elogiar la novela de todos los tiempos, “es acercarse al alma de su autor para contemplar extasiados la luz de su estro, lo profundo de su bondad, la prepotencia de su carácter, la cima de su dolor”.

Su admiración por España emana de su reverencia por la lengua y la cultura peninsulares. “Amo a España”, dice, “porque la conocí y porque verla fue amarla, no solamente por bella sino por mía; mía porque ya la llevaba dentro de mi ser y porque la hice mía a fuerza de quererla tanto”. Como Reyes y Hernández Catá, como Andrés Eloy Blanco y Blanco Fombona, como tantos otros iberoamericanos que joven su vida alternaran con los poderosos creadores de la generación del 98 en el Madrid de la agonía monárquica, Fabela ha adscrito al hispanismo una fuerza espiritual dinámica y unitaria.

Su otro elemento formativo es la literatura francesa. Los clásicos de Francia no se han proyectado sobre nuestro continente, acaso porque España los tiene, y excelsos; por el contrario, típicamente, saltando sobre parnasianos y simbolistas, sobre realistas y naturalistas, el romanticismo de Hugo y Lamartine, de Chateaubriand y Musset, imprime en Fabela un surco irrestañable. Durante su primera visita a París, Viliers de l'Isle Adam, Guy de Maupassant y particularmente Verlaine, se incorporan a su preocupación literaria a través de los modernistas. Más tarde, en el curso de sus muchos y benditos “ocios con libros”, lee a Alain, maestro

indiscutido y decisivo de la generación francesa de sesenta años; a Gide y a Valery. Como cristiano, entresaca de la constelación de nombres de la primera postguerra a Maritain, seguramente porque concuerda con la exaltación de los valores eternos frente a la desilusión y a la angustia de nuestro tiempo. Y como temperamento profundamente religioso, lo deslumbra y lo estimula Romain Rolland, con su apostólico dolor por lo injusto, su fe en la humanidad y su tolerancia. Las citas de esta especie de Tolstoy contemporáneo abundan en muchos escritos de Isidro Fabela.

Resulta prolijo recalcar que la ideología liberal de Fabela está surtida por los enciclopedistas y los revolucionarios franceses; en no menor medida, el molde original de su conducta fue su sólido hogar provinciano, a cuyo peso tradicional tuvo que acoplar —como tantos de nosotros— el racionalismo. Sólo por su temperamento generoso y por su sensatez política pudo decir que “los viejos sistemas capitalistas deben modificarse, renovarse, substituirse por los principios de la doctrina socialista, más humana, más justa y más eficaz.”<sup>2</sup> En todas las devociones humanas busca el camino hacia la libertad: en el arte, en las letras, en la política, en la convivencia internacional, en el amor, en la ecuanimidad, en los viajes, en el orden de las instituciones. “Un individuo que quiere ser realmente independiente habrá de ser rico para no necesitar de terceros que le restrinjan su voluntad, o se resolverá a ser paupérrimo para no pedir y para saber rehusar”, dice en hermosas páginas dedicadas a Antonio Caso. Como el filósofo mexicano, Fabela “se ha mantenido incólume de hipotecas espirituales”; para él no hay destino manifiesto, fatalidad incontrovertible, ritmo existencial superior a las fuerzas del espíritu, y conforme a tal concepto están cortados y activados los personajes de sus cuentos.

De su conocimiento de la lengua y de su conciencia de la cultura francesas, fluye su amor por Francia y más concretamente, por París. Si de manera simplista hubiera que situar a Fabela dentro de alguna corriente literaria, diríamos que pertenece al modernismo; no sólo por su culto a París sino por los temas de sus obras de ficción —la bohemia, el gran señorío, los conflictos sen-

---

<sup>2</sup> Discurso de salutación al parlamentario argentino Alfredo L. Palacios a nombre de varias entidades culturales. México.

timentales más a la altura del arte que a la de la vida—, de sus crónicas —los viajes, el exotismo, la belleza plástica— y por el sabor dariano, lugonesco y de Gómez Carrillo que conserva su prosa menor. La tendencia modernista se acusa temprano en él. En el cuento “Estoy solo”, por ejemplo, leemos: “Y ese plumón de cisne y este lindo bacarat cuya esencia era hermana del aliento de su boca, sonreían, sonreían, sintiendo todavía la suavidad de sus manos de Gioconda, que siempre andaban a la altura de mi bozo, o coronando divinamente mi cabeza con sus finos dedos regios, que en fruición de hada, perdíanse jugando con mis cabellos...”<sup>3</sup> ¡No es éste, por ventura, el mismo cisne al que torció el cuello González Martínez unos años más tarde!

### *Sus cuentos*

*La tristeza del amo* se publicó en España en 1915; pero reúne ocho cuentos escritos antes de que estallara la Revolución Mexicana. Así, y no por insensibilidad política o por distanciamiento de la causa del pueblo en el autor, se explica que el ambiente provinciano descrito en ellos sea placentero y desde luego, ajeno a las directrices de la literatura revolucionaria que empezó a crearse en la década siguiente. El prólogo de Villaespesa —adjetivado, preciosista, típica muestra del modernismo en su hora nona— apunta certeramente los méritos del libro: “Páginas sobrias, concisas, que... exhalan un fuerte olor a siembra, a campos regados, a mieses maduras y a leche recién ordeñada”. Razón lleva el poeta. Véase esta frase: “El último regador volteaba el recodo de la hortaliza rumbo a su rancho que a medias fuera propio, en tanto que arriba, de la casa del mayordomo se escapaba una melancólica tonada regional y oíase, muy dulce e impregnado del “sabor de la tierra”, el rasguear de la vihuela que preludiaba el acompañamiento de una charra cancioncilla”. Acentúan el sabor regional y campirano de los cuentos, referencias a la tierra mexicana —las espuelas de Amozoc, los sitios de la privada geografía provincial y no infrecuentes empleos del habla popular, como: “Pos como ya

---

<sup>3</sup> *La tristeza del amo*, librería de la Viuda de Pueyo, Madrid, 1915. Prólogo de Francisco Villaespesa.

la Filomena está muy grande, con perdón de su mercé... eje... pos ya osté sabe, pos le pido licencia...”

Esporádicamente, Fabela escribió algunos cuentos más tarde. En su obra inédita *Cuentos de París* ya no hay dejos españoles y la prosa fluye más profesionalmente. Situados en el mundo de la bohemia, vagamente amargos, con ese sentido de humor que hace befa de la miseria propia —tan favorecido por el modernismo—, estos relatos denotan gran facilidad narrativa, penetración psicológica y ojo aguerrido para captar el detalle. Fabela no sufrió las hambres de sus personajes de “Liebre por gato” o de “Tres artistas ladronzuelos”; mas sobre la ajenidad a los temas se imponen sus facultades de realista, lo que raramente ocurre con los prestidigitadores del modernismo, aún en sus buenas páginas.

### *Sus semblanzas*

Para conservarse tan múltiple, Fabela ha tenido que imponerse la parquedad de la forma y el sintetismo en el fondo. Sin duda donde mejor se observan estas virtudes del estilo es en sus semblanzas. Sus menesteres le han permitido conocer hombres de las más diversas personalidades; muchos de ellos quedan avizoramente apuntados en su largo friso de recuerdos. Es éste un friso amable, positivo, donde no están sino las figuras que al autor le son caras.

De don Justo Sierra, el maestro de su generación, dice: “Un poco adelantado de vientre y el talante grave que jamás llegaba a la frialdad porque en sus ojos de mirar nítido se vislumbraba la clara luz de su espíritu cordial”. “Amaba a la juventud porque amaba a la vida y a la patria, y porque para él los jóvenes simbolizaban la patria”.

De Juan de Dios Peza: “Cantaba a sus hijos en la lengua de los niños y de las gentes sencillas y loaba a los héroes en el idioma del pueblo. Por eso lo entendían y aclamaban en las tertulias hogareñas y lo aplaudieron con entusiasmo en la plaza pública”. Como Wilde, que puso su genio en su vida, y en sus obras sólo su talento, Peza “charlaba mejor que escribía”, cuenta Fabela.

Manuel Ugarte “no supo odiar; sus arengas nunca estuvieron impregnadas de rencor sino de convencimiento. ¿Pues qué, no se puede defender la santa libertad con los rayos de la razón?”

Luis Cabrera “no tenía la elegancia ática de Jesús Urueta, y sin embargo, era un tribuno formidable que llevaba a sus oyentes a la convicción de que era el dueño de la razón”. Y de la Familia del gran carrancista, Fabela añade con su peculiar ternura: “Ganaron desde que vinieron al mundo el más eminente de los honores: el ser hijos de Luis Cabrera”.

En un elogio a su viejo compañero Alejandro Quijano, recuerda que quiso a sus semejantes y además *supo* quererlos sin esperar recompensas, ni siquiera gratitud, pues “esperarla ya constituye un egoísmo”.

Al glosar un libro imaginativo del general Francisco L. Urquiza, aboga porque su “paréntesis de fantasías” se cierre “para que el cuentista revolucionario reanude el ejercicio de su especialidad en la que va adquiriendo vigorosos relieves propios”.

Cuando Benjamín Carrión le envió hace un cuarto de siglo *El desencanto de Miguel García*, entre sus comentarios dijo: “Su mérito, como el mérito de toda novela, no está en su asunto, sino en su manera; no en su intriga sino en su estilo, en la psicología de sus personajes y en el escenario en que se mueven”.

Fabela ha reaccionado invariablemente con generosidad ante los trabajos de los jóvenes; es éste uno de sus rasgos patricios, por desgracia no emulados por los escritores que mesan canas y nombradía. Antonio Acevedo Ecobedo le habilitó con uno de sus primeros libros, ocasión para estas reflexiones: “En arte, evolucionar no basta; precisa revolucionar para dar a nuestra palabra un acento personal entonado con el diapasón de la hora presente”.

Nada soslaya el campo luminoso que aplica a la perenne observación de la realidad mexicana, y porque no concibe la obra sin el hombre, sus semblanzas no se ahogan entre fronteras rígidas. Así, al pergeñar cuartillas sobre Luis Castillo Ledón, exalta las excelencias de su *Hidalgo* y sugiere al Estado que costee una edición monstruo a bajo precio, para la adecuada divulgación de la biografía del “más grande mexicano de nuestra Historia”.

A trazos someros presenta a Leo Ferrero —hijo del historiador de las grandezas romanas—, tan devoto de esta “tierra de emancipaciones trágicas, donde un pueblo, estoico, valiente y artista se siente orgulloso y feliz de tener los grandes defectos y las eminentes cualidades que forman los potentes trazos de su rara personalidad”.

De su contiguo Pereda dice: "Vivió sus mejores días repartiendo amor a manos llenas, recibiendo homenajes humildes de sus coterráneos que le querían con orgullo y abandonado a la belleza de los maravillosos cuadros que miraba".

"Si se me preguntara cuál fue la virtud suprema de Caso, yo diría: su autonomía espiritual, porque Antonio Caso fue un hombre íntegramente independiente y enseñó a los demás a pensar y a vivir como seres libres". "Fue un poeta melancólico, un profundo sentimental y un misántropo", afirma en esta admirable semblanza, tan valiosa como documento de una de las promociones decisivas para la actualidad de las letras mexicanas.

Los biógrafos de Gómez Carrillo, de Darío, de Lugones, de tantos y tantos escritores de las tres primeras décadas de nuestro siglo, encontrarán siempre diáfanas pinceladas de Fabela, amable juez y deslumbrado testigo de esos hombres y de esos tiempos.

Difícilmente se equivoca, sino por exceso de bondad. A Blasco Ibáñez, en uno de los pocos juicios negativos que le hemos leído, le llama "un buen escritor y una mala persona". Porque como retratista de hombres, Isidro Fabela sirve su propia mesa con reflexiones de invariable altura moral, con exaltación de ejemplos para la conducta del individuo y la historia de su pueblo.

### *El pensador*

Raramente, en efecto, se halla una página suya sin rasgos de su estirpe de maestro y de pensador. Parece que velara para no desertar de esa campaña quijotesca de superaciones que se impuso desde sus primeros años, convencido tal vez de que, como dice Alfonso Reyes, "el que persiste acaba siempre por tener razón".

No sólo en sus trabajos de meditación sino en los propiamente imaginativos, aplica criterios morales. Escribe en uno de sus primeros cuentos:<sup>4</sup> El juez era tonto, iletrado y presuntuoso, y a mayor abundamiento, hombre muy ocupado en otros andurriales diversos, de aquello de sentenciar con justicia y avenir con tino, como eran el cuidado de su hacienda constante en trigales y magueyeras

---

<sup>4</sup> "En el Establo", *La tristeza del amo*, op. cit.

más productivas que todos esos asuntos relativos a lo equitativo, y por consiguiente más dignos de sus cuidados”.

Cuando se casó su hijo adoptivo Daniel, le escribió una carta<sup>5</sup> en la que le augura felicidad porque tiene “el tesoro tripartita que todo lo vence: la bondad que conquista los corazones, el carácter que triunfa en toda empresa y el amor que embellece la vida”. “El marido que no da a su mujer la personería que le corresponde”, añade, “resta fuerza a su propia personalidad”. Y en un acto de justicia para su propia esposa —a quien años después dirigió también una misiva que es todo un testamento sentimental—, recuerda al joven desposado: “El libro de mi vida lo hemos escrito juntos; si ese libro vale algo, la mitad se debe a ella”. Alto debe ser —y con razón— el concepto que tiene de su desempeño, puesto que en su discurso sobre el Quijote apunta: “Cumplir la misión de nuestra vida. —Me dais empresa más hermosa y satisfactoria?”

“El literato escribe para que lo lean, no para enterrar en la gaveta sus papeles queridos, sino para deleite ajeno, si le es dable, para dirigir a los demás, si tiene prestigio; enseñar, si es maestro; descubrir el pasado, si es historiógrafo; mostrar caminos, si es humanista . . .”, opina en aquel trabajo. Admira a Sancho porque “tenía la cualidad más estimable en el hombre, la lealtad”. De Cervantes: “. . . ya se sabe, leyó mucho; pero los libros que más leyeran fueron, el de la vida que nos enseña a conocer las pasiones, y el de la Naturaleza, la suprema maestra de los artistas”.

Esparcidos en periódicos y revistas de habla hispana, bajo el título de artículos o crónicas, deben rastrearse también estos juicios éticos que distinguen la pluma de Fabela. “Los niños son hombres como nosotros, o mejores que nosotros, porque nacieron cuando la vida hubo avanzado los años que nos llevan por delante en el progreso humano”. “Los ejércitos del rey”, observa con clarividencia a propósito de la guerra de Marruecos, “pelean contra un pueblo rebelde que desde hace siglos anhela su libertad de conciencia y su independencia nacional que algún día conquistará”. En un artículo escrito desde California durante un período en que estuvo par-

---

<sup>5</sup> Carta de Isidro Fabela a su hijo Daniel. Imp. Artís. México, 8 de septiembre de 1951.

ticularmente activo en la prensa, aporta valiosas notas para la sociología mexicana al condenar la bravuconería y el pistolero; del salvaje que se regodea en tan descaminada idea de la valentía, abomina así: "En su puesto son infalibles; claro, como todos los incultos. Son insolentes como todos los arribistas; son cursis como todos los rastacueros y son peligrosos como todos los salvajes."

Donde esta enjundia preceptiva alcanza mayor vigor, es en el campo del Derecho, de la vida internacional y de la realidad de México. En momentos en que el enjuague convenenciero, el temor servil o eso que eufemísticamente ha dado en llamarse "razón de Estado" sume en el silencio a muchos de los mejores hombres, Isidro Fabela ha escrito sin compromiso defendiendo al débil, encarando al poderoso con la norma de justicia, exigiendo civilización". ¿Qué otra cosa que grandes civilizadores han sido los hombres de pensamiento iberoamericanos a cuyo linaje pertenece este mexicano universal?

Mas sólo para subrayar la permanencia y la armonía de su estilo aludimos a sus discursos y a sus obras técnicas, que quedan fuera del perímetro de este ensayo.

### *El periodista*

Dos impulsos pueden determinar que se escriba tanto y tan bien como Fabela lo ha hecho; cuando se sabe entrañablemente que uno va a morir joven o cuando se sabe entrañablemente que uno va a morir anciano. Ocupado en el qué decir, este varón representativo de una mole de ideales operantes se acerca ya a los ochenta años de su edad, con los seis novenos de su obra aún en manuscritos.

Su prosa informal y volandera se conserva en la prensa, de la que nunca lo han alejado las "turbulencias de su vida política ni las atenciones de sus cargos diplomáticos". En periódicos de varias naciones ha esparcido sus apuntes sobre arte, sobre política o sobre el hecho diario, ese personaje tan exclusivo e influyente de nuestra centuria.

En el dominio del Cuarto Poder, Isidro Fabela es un soldado y específicamente, un cronista a la manera de José Rodríguez Cerna, de Enrique Gómez Carrillo o de Germán Arciniegas, que nos

reconcilia con una forma plena de agilidad e infaustamente casi obsoleta.

“El caminar adoctrina y embellece la vida”, dijo Cervantes, y Fabela, su lector impenitente, ha sabido honrar la divisa soltando velas hacia todos los meridianos. De pronto nos cuenta de Roma, de Florencia, de la sede lavosa de Pompeya; o de una calle de Montparnasse en cuya esquina roma un provenzal expende anécdotas y vinos calientes del Mediodía; o de Brujas, donde ha querido pasar los otoños; o de los rincones de estampa que atesora España; de Rumanía, cuyas luchas libertarias le merecen interesantes comparaciones con las luchas agrarias de México; de Montevideo, limpia y europea, o de Santiago, con su grata gente jacarandosa; de California, con sus mexicanos fidelísimos o sus “spanish” descastados, o de San Jerónimo, aldea empinada en el Ajusco para columbrar el valle de México. Y así ha ido, de uno en otro viaje de placer o de trabajo, en el hacer y deshacer de su vida ocupada por intereses y pasiones. Los nombres de Nervo, Rubens, Arrau, Gómez de la Vega, Julio Antonio Mella, Diego Rivera, Krauss, Manuel Tello, Silva Herzog, Haile Selassié, Azaña, se barajan en esta mano bien surtida que sabe rescatar en el inventario de su tiempo lo mismo la roca que la brizna. Nombres de hombres, nombres de ciudades, nombres de cosas: palabras mágicas que se van acumulando en el mural inmenso de su testimonio y de su referencia. Así es el periodismo de Fabela: cátedra y charla compañeril, apunte o pretexto para reflexionar denuncia o encomio, realidad querida o comprobada.

Para bien o para mal, esta literatura periodística, camino obligado y profesional de tantos escritores de nuestros países, se esfuma y se olvida. Mas poco importa cuando se tiene tanto qué decir como Isidro Fabela, uno de los pocos hombres de letras a quienes les ha sido dado hablar como abuelos a los veinticinco años y como jóvenes en el ocaso de una trayectoria magnífica.